

tos, en el recurso afirmaba deber á la propia honra y á la honra de su familia el no suscribir un juicio que le inculpaba de crímenes por su conciencia no encontrados, según lo cual, interponía su apelación al pueblo del juicio de sus representantes, dando á los defensores poder especial para cumplir su apelación y proveer á que fuera decretada, como lo creía justo, y de no decretarla en sus acuerdos, y que constara en la sesión y en sus oficiales correspondientes actas. Escrito y firmado el recurso, aun se negaba con verdadera negación insistente Luis á entregarlo, convencido como se hallaba de que aquel tribunal no se daría jamás á partido ninguno, continuando incommovible y firmísimo en su nativa intransigencia. Deseze replicó á las observaciones reales, no tratarse tanto del bien y del interés de la monarquía y su representante augusto, como del bien y del interés de la misma plebe y de la nación entera. Luis, en su nativa dulzura, y sonriendo con su acostumbrada sonrisa, replicó á las réplicas de sus abogados, asegurándoles que todo aquello lo hacían en interés suyo, mientras él se conformaba contra su grado y voluntad en interés de la nación, pues creía su propia ventura y vida valdies frente de la ventura y vida de su pueblo; afectos hondísimos de que participaban el delfín en su inocente infancia, la Reina en sus desengaños, las princesas en su fe y en su virtud, toda la dinastía. Tras esto los tres defensores ocurrieron á sus respectivos cuidados y trataron de cumplir con el mejor acierto posible sus respectivos deberes. Tronchet y Deseze se fueron á la Convención; Malesherbes se entró con el Rey en su camarín, demostrando en estos coloquios íntimos la elevación de un confesor y la solicitud de un testamentario. Poco menos de una hora duró tal entrevista, serena y cordial. Yéndose Malesherbes, y dejando allí la mitad casi de su alma, tuvo el Rey que consolarle y que decirle cómo una vida mejor los reuniría en otro mejor mundo y cómo su triste separación aquella no podía durar mucho, cuando á todos los franceses les perseguía la sombra del verdugo y todos llevaban la muerte próxima en los labios. Defensor y Rey se abrazaron; y abrazados, no pudieron resistir á los mutuos latidos de sus dos mal heridos corazones y á los mutuos sollozos de sus dos destrozados pechos. Luis, después de haber recorrido las eminencias del sentimiento moral, según hemos visto, se dedicó, en la segunda parte de aquella jornada, con tranquilidad, á las minucias de su vida.

Luis tenía que afeitarse y que comer. Así mandó se dispusieran todos los menesteres necesarios á satisfacer estas imprescindibles necesidades mínimas de su vida. Mientras Clery lo disponía todo según sus órdenes, el Rey hablaba con Clery de todo según sus pensamientos. El doméstico de Luis había perdido toda serenidad en aquellos supremos instantes. Sus ojos desencajados, su barba temblorosa, el color amarillo de su cutis, el gesto acerbo de su rostro, la vibración dolorosa de sus labios, los extremos sacudimientos de sus nervios revelaban la no posesión de sí mismo, anegado en una fiebre nerviosa, que toda serenidad á su ánimo quitaba y toda clase de visiones magnéticas á su vista sugería.

No estaba, pues, para sostener al Rey, ni en la operación de su comida, ni en la operación de su afeitado. Mas, como fueran para las dos operaciones indispensables su concurso y auxilio; sacando fuerzas de flaqueza, puso mano en ambos servicios. Ni la más pequeña minuciosidad, ni el más baladí detalle de aquel período de agonía se han perdido, gracias á la diligencia, con que los ha contado Clery, dándonos así un relato anecdótico, el cual toma los aires de relato épico, en suceso tan extraordinario como el paso de Luis XVI desde este mundo al otro. Por él sabemos que; á pesar de su temblor febril, tuvo el ayuda de cámara la bacía de aquella rasura mientras el Rey se jabonaba, y para no caer en mayores desfallecimientos Clery no era osado á mirar la cara del Rey. Su aspecto sereno, su indiferencia estoica; su mirar tranquilo, su actitud humilde sin rebajamiento alguno, su doble atención á todas las grandezas y á todas las pequeñeces de una vida que dejaba sin pena, diéronle un aire tan sobrenatural, que ante su mismo ayuda de cámara no parecía Luis, magüer la nativa y constante vulgaridad suya, un hombre; parecía un Dios. Así, aunque reconcentraba el doméstico su dolor para no afligir más y más á su amo, cada vez que se cruzaban sus sendas miradas, un mar de lágrimas corría por las mejillas del vivo, las cuales molestaban en su serenidad al moribundo. Las consecuencias de tal asalto febril fueron el recordar á éste su agonía y el hacerle pensar en su muerte; mas no para quejarse y dolerse, para sostener el ánimo de su interlocutor y aconsejarle tuviera el coraje necesario en tan trágico trance. A esta frase del Rey de Francia, se desvaneció la cabeza del ayuda de cámara. Sus orejas y su frente amarillearon como si fueran las orejas y la frente de un cadáver; sus rodillas se aflojaron como si fuese á caer desmayado. Mas la solicitud puesta por el Rey en sostenerlo y consolarlo púdolo todo, y le devolvió la vida, que parecía extinguirse, con la posesión de sí mismo, que parecía perderse para siempre. Así, pudo el Rey, á la postre, afeitarse con toda tranquilidad. Después de aquella operación, entre la hora de afeitarse y la hora de comer, salía de su camarín ó en su camarín entraba, dando muchos pasos impelido por el remonte intenso de sus nervios y diciendo muchas palabras dictadas por las absorbentes meditaciones de su espíritu. Clery no le dejaba un punto en el temor de que sus grandes preocupaciones le afligieran y le adoloraran con aflicciones y con dolores mortales. Así, para distraerlo, como á ninguna conversación, por trágica que fuese, rehuía su natural interés, hablóle del aplazamiento de la ejecución y de las apelaciones al pueblo. Luis meneó la cabeza y sacó la lista de los votantes del suplicio, designando con designación particular á su afin, ó pariente Orleans. Clery, á pesar del encastillamiento en que se había metido el Rey con la renuncia incontrastable á toda ilusión y á toda esperanza, le recordó cuantos hechos le alentaban á él y le sostenían en la invencible tendencia de creer y esperar la salud para su regio amo. Así le aseguraba el crecimiento de la indignación popular; las solicitudes por su redención de las potencias extranjerías; el cónclave de antiguos embajadores congregados para ocurrir

al terrible caso; la presencia de Dumouriez en París aportando los votos del ejército, quien, inspirado por la humana piedad, exigía de los convencionales el más generoso perdón. Todo esto alentaba el ánimo de Clery; mas, entre todo esto, ponía su mayor esperanza en los levantamientos y en las soblevaciones del interés popular. La temeridad con que se habían atrevido algunos cómicos y dramaturgos á poner en escena comedias y dramas realistas, el cambio en los guardianes enviados por la Comunidad al Temple; las noticias de conjuras, encaminadas á la redención del cautivo, hacíanle creer en un acto cualquiera de colectiva desesperación que salvase del cadalso la real persona y hundiera en los abismos la reciente República.

Luis no se mecía en las ilusiones y esperanzas de su interlocutor y confidente. A sus ojos proféticos se desarrollaba un cuadro más terrible, pues veía las iglesias desnudas como en tiempos del movimiento iconoclasta, los frailes y sacerdotes perseguidos como los mártires del circo, la nobleza degollada en degüellos continuos como los de Septiembre, la guerra civil unida con innumerables extrañas guerras, su familia en la miseria ó en el patíbulo, su mujer en la viudez y en el abandono, en la horfandad sus hijos, los fieles servidores de su casa y familia pidiendo limosna de puerta en puerta, los antiguos súbditos tan obedientes entregados á la más feroz anarquía, las facciones en armas, las luchas en crédito, los crímenes en desate, las devastaciones é incendios en crecimiento; invadida Francia, desgarrada Europa; calamidades no conjurables ni remidibles por el holocausto de su vida entera en aras de la nación y por el derrame de su sangre toda en el más afrentoso cadalso. Viendo que no había medio alguno de hacer al Rey librar cualquier esperanza en lo porvenir, Clery se consagró á sus ocupaciones y dejó solo al Monarca. La continua lectura de libros piadosos é históricos, todos ellos congruentes con su triste suerte, proseguía en Luis XVI á las meditaciones profundas y á las reflexiones eternas sobre el estado de Francia. Doscientos cincuenta volúmenes había leído en el Temple desde mediados de Agosto hasta mediados de Enero. Y cuando su atención de la constante lectura se cansaba, volvíase á los coloquios con aquellos, que á su lado tenía. Cuarenta y ocho horas corrieran desde las últimas audiencias dadas á sus defensores y nadie iba por aquel su calabozo. Entre todos los consuelos llegados á la cautividad, ninguno tan eficaz como el interés de Malesherbes y el verbo piadosísimo con que tal interés patentizaba el ilustre abogado. Pero Malesherbes también había desaparecido. Cuarenta y ocho horas seguidas faltaba: todo el espacio extendido desde que notició al Rey la sentencia cruel, hasta que fué á pedir el caritativo aplazamiento al Congreso. Era la mañana del diez y ocho, y Luis continuaba inquieto por la separación de sus defensores. Para disminuir en lo posible tal inquietud, entraba en las piezas vecinas á sus estancias, abría y cerraba maquinalmente libros; movíase ó asentábase á medida que se desordenaban sus nervios ó se ordenaban, según que subían ó bajaban los latidos de su corazón apenado. No teniendo cosa de prove-

cho que hacer aquella mañana, entregó á Clery un logogrifo, publicado en *El Mercurio de Francia* para que lo descifrara y adivinase. Clery no supo adivinarlo. Adivinó el Rey y dijo que aquel símbolo y aquellas figuras querían decir: «Sacrificio.» Con este motivo su pensamiento se fijó en tal idea. No poseía Luis en plenitud, ni la ciencia indispensable á los altos juicios, ni la facultad con que los grandes pensadores generalizan los hechos particulares y aislados enlazándolos con todo el universo. Así no podía ver el sacrificio natural extendido por todas partes hasta donde la vida se dilata y extiende; los holocaustos ofrecidos por cada sér á la continuación de su especie, el dolor que acompaña todos los metamorfoseos del organismo amenazados por males perennes; la segur, segando unos séres para que los otros vivan y se desarrollen; las renovaciones vitales sucediéndose por medio de grandes plagas como el huracán devastador que renueva los aires y el oleaje tormentoso que renueva las aguas; este infinito vacío en que todos los corazones laten; y la única seguridad que todos los vivientes tienen, la seguridad de su muerte, siendo las estrellas como lámparas alimentadas con sangre y el universo como un templo necesitado de inmolaciones inacabables en este penar omnímodo, perdurable, inextinguible, que á todos nos acongoja y á todos nos martiriza. Luis XVI no podía comprender la síntesis del mal eterno descargando sobre nuestras espaldas; pero sí comprendía la parte de sacrificio y holocausto que á él tocaba personalmente. Y como la comprendía, casualidad tan extraña, cual que le cayese aquel día en las manos un jeroglífico sobre la necesidad del sacrificio, le hizo pensar en sí propio y ofrecer de nuevo el holocausto de su vida en aras del Eterno pidiéndole con espontaneidad sincera la redención del pueblo. Dadas las ideas religiosas por la ortodoxia sugeridas; el dogma de una víctima pagando por todos; el principio de la solidaridad humana extendido desde las puertas del Paraíso hasta las cumbres del Calvario y guardado en los senos de la Iglesia; no podía concebirse pensamiento más puro que este pensamiento del Rey moribundo, el cual hacíale sobrellevar sus penas, aceptar su cáliz, recibir sus heridas, consumir su pasión por amor de Dios y por amor al pueblo.

Bien había menester Luis XVI de que sus meditaciones le ayudasen á pasar los últimos instantes de su vida, cuando, según ésta descendía con celeridad á su ocaso, el rigor de sus jueces crecía, privándole de todo consuelo. Así, vuelto el rostro á la Eternidad y las espaldas al mundo, el reo leía y releía la historia de Carlos I, deteniéndose á cada línea referente á sus últimos días, y rumiando esta lectura en propias dolorosas reflexiones. Algún escaso alivio á sus penas granjeaba la comunicación muda con los suyos, inventada por medios ingeniosísimos y encontrada en golpes y señales, que sólo sabe arbitrar un cautivo y sólo se halla en los recursos de la cautividad. El Rey ocultaba cuidadosamente á su familia el acuerdo terrible de la Convención, por no desesperarla en trance tal con una horrible noticia que ya sabría en su oportuna sazón. Mas la regia piedad marro por culpa de tantos y tantos vendedores públicos de periódicos circulantes, como anuncia-

ban á gritos y vociferaciones las nuevas más tristes del momento, para mejor vender su mercancía. Uno de estos vociferadores anunció la sentencia del Rey, que penetró por las ventanas de aquella parte del castillo donde se hallaban la Reina, el Delfín y las Princesas, como pudiera entrar una centella que todo lo abrasa. El clamor natural de aquellas criaturas infelices; los gritos de un dolor que parecía con crueldad abrirles á todas ellas las carnes y desgarrarles los corazones; tantos y tantos sollozos como se levantaban al cielo en aquel desamparo y en aquel abandono tuvieron un género de intensidad tan extraño, que penetraron hasta la cárcel del Rey, mostrándole cómo todas sus precauciones fueran inútiles y cómo la nueva de su fin próximo había llegado hasta los seres queridos á quienes él deseaba ocultarla con mayor cuidado en sus continuos é indispensables sigilos. ¿Qué hacer cuando tantas penas le caían al Rey encima, sin tener medio de confiarlas ni á sus parientes ni á sus defensores? No podía Luis hacer otra cosa que importunar al pobre Clery, para que requiriese de todos cuantos encontrase la causa del abandono y soledad en que lo habían dejado sus pródigos, atentos y cuidadosos abogados. Esta causa dimanaba del celo excesivo que por guardar al Rey sentía la Comunidad revolucionaria, encargada de su vigilancia y recelosa de que tal vigilancia pudiera burlarse y el reo huirse. Así la Comunidad resolvió con fecha del diez y ocho, que habiendo cesado en su ministerio los defensores del Capeto desde la hora en que su capital sentencia se pronunciara por la Convención, prohibía la entrada de tales abogados en el Temple, con cuyos presos estaba cortada todo género de comunicaciones que no fuesen prevenidas y autorizadas por la misma Comunidad. El Rey no hacía más que invocar el nombre de Malesherbes y pedir su presencia, protestando contra la barbaridad que le privaba del auxilio de un hombre, cuyo sostén y apoyo había menester hasta en la hora de su muerte. Y como los vigilantes allí reunidos, observaran no tener autoridad alguna que pudiese contrastar los acuerdos municipales, el Rey dijo con su paciencia de cordero: aguardemos á mañana. Con efecto el mañana esperado llegó. Era el día diez y nueve, y sábado. A las ocho un municipal, como dicen los franceses, un regidor, como decimos nosotros, acompañado de Mathey, conserje del castillo, quien llevaba un tintero y demás recado de escribir, entró dentro del calabozo reservado á Luis XVI con un papel escrito en la mano. Mucho al Rey extrañó esta visita, cuando aguardaba otra más agradable; la visita de Malesherbes. Así, creyendo en alguna importunidad novísima de sus siempre importunos carceleros, alzóse de hombres con desdén y siguió leyendo su libro de historia británica con verdadera indiferencia. Pero no pudo contener un afecto de profundo disgusto y un movimiento de viva protesta, naturalísima é indeclinable, al saber que le inventariaban todo el pobre ajuar, y ponían en lista sus muebles, como si ya se hubiera muerto y pudieran disponer los vivos de sus reliquias y de sus despojos. Bajo pretexto de ampliar su inventario, y á la obyurgación promovida por supersticiones tan desatentadas, como la de que pudiera el Rey atentar á su existen-

cia, el regidor exploró todos los ángulos y todos los escondites de aquel espacio, cohonestando tal examen prolijo con el encargo que llevaba de inquirir si al Rey le quedaría en tal sitio algún instrumento cortante, cuyos filos le facilitasen burlar la guillotina é ir por sus propios pies, y no bajo la sentencia de sus jueces, al otro mundo. El Rey no se curó de aquellas vejaciones y vejámenes, preguntando únicamente por la triste ausencia de sus defensores. Y como le notificaran haber acordado los comuneros esta separación y no poder protestar contra ella sino por escrito, ¡ah! por escrito protestó el Monarca.

Acostumbrado á mandar como el primero de los Reyes, tenía que pedir entonces como el último de los siervos. A la naturaleza regia, en él sobrepuesta por la educación, naturaleza bien artificiosa, mucho trabajo estas humillaciones costaban, pero no á su naturaleza propia, la nativa, estoica en sus intuiciones, cristiana en sus instintos. Pudieron hacer aquel inventario enojoso é inútil; abrir hasta el cajoncito donde Luis guardaba sus más íntimos y secretos papeles; ver descubierto el dinero guardado para el pago de adelantos que Malesherbes le había hecho; y no se perturbó aquel hombre imperturbable; mas la separación de sus consejeros y abogados le afectó como la separación de su propia familia y puso la pluma en sus manos para, so color de dirigir una súplica, enderezar una protesta. Luis protestaba contra el acuerdo sujetándole á vigilancia completa por guardias de vista día y noche; protestaba contra la perturbación de sus quehaceres diarios y de sus sueños nocturnos por la presencia de aquellos esbirros que parecían siniestras sombras y le atormentaban sin proveer á su verdadera seguridad con servicio ninguno; protestaba contra la separación forzosa de sus abogados, cuyas entrevistas fueran por el soberano poder de la Convención autorizadas; protestó contra los innumerables vejámenes que iban recrudeciéndose á cada paso; pero en estilo seco, escuetísimo, verdaderamente oficinesco, sin género alguno de hondas exclamaciones, como si á un tribunal correcto y legítimo se dirigiese, no á la Comunidad revolucionaria. Remitida inmediatamente al municipio la nota del Rey en la mañana del diez y nueve, no fué á la corporación entregada sino en la mañana del veinte. Aquellos regidores, presentes en la regia cárcel por disposición de sus compañeros, observaron como la nota del Rey se dictara y escribiera antes de la notificación á él de su juicio y sentencia, por lo que no se debía tomar en cuenta para nada, pasando la Comunidad á otros más útiles y más valiosos asuntos. El Rey, sin embargo, consumió toda la mañana requiriendo de sus guardias si habían llevado al Ayuntamiento la nota ó no la habían llevado, y lamentándose de no ver allí sus consejeros, cuando más necesitaba de su consejo y de su auxilio. Impaciente, por todo extremo impaciente; como esta impaciencia no condujese á resultado ninguno, pasó la mañana leyendo la biografía de Carlos I y comentando lo que leyera. Grandes analogías entre lo sucedido siglos antes en Inglaterra y lo que pasaba en aquella sazón de la lectura y de las meditaciones por Francia. Dinastía de los Estuardos en una parte muy análoga con la dinastía de los Borbones